













rrespondiera con esas divisiones tradicionales. Yo diría con Eric van Young que en un estudio histórico como los que nosotros hacemos la región es siempre una hipótesis a demostrar.<sup>4</sup> No es cosa, pues, de puro capricho, sino de justificación metodológica.

Para delimitar una región buscamos homogeneidades internas, es cierto; pero no nada más eso, pues la diversidad es de obligada consideración para explicar la dinámica histórica. Si algún elemento común podemos encontrar en todos los estudios de historia regional ese elemento es en todo caso el dato del espacio: sin espacio no hay región. Agreguemos que todo espacio histórico puede ser del interés de quien hace historia regional. Respecto del caso de México huelga decir, pero lo diré, que el espacio entero del país sin excepción de parte alguna representa una posibilidad siempre abierta de utilizar el recurso de la regionalización con el fin de hacer un estudio histórico. Las perspectivas del enfoque regional se amplían, pienso yo, si despojamos a la noción de región de todo contenido esencialista.

Lo hasta aquí dicho bastará para aclarar el sentido que entre nosotros puede tener lo regional, aunque parece que, al final de cuentas, sólo hemos logrado justificarnos como historiadores sin más, puesto que la espacialidad que supone nuestro objeto de estudio no es en modo alguno exclusiva de la historia que hacemos los investigadores que nos ocupamos en estudiar lo que aludimos como regiones.

Pero hay todavía algunas cosas que decir en abono de la pertinencia de nuestro trabajo. Ya no para indagar sobre lo que presuntamente distinguiría a la historia regional respecto de cualquier otra historia calificada, sino más bien para tratar de esclarecer lo que hay detrás de ciertas artificiosas distinciones, quiero ahora seguir otra línea de argumentación que tiene que ver un poco con un proceso historiográfico paralelo y contrastante, y un mucho con un proceso político e ideológico.

El género nuestro es viejo, pues historia regional se ha hecho desde siempre. En el México prehispánico o, diremos mejor, entre los pueblos del mundo mesoamericano, la historia que se hacía era más o menos de tal corte. Tanto en la Colonia como en el siglo XIX

<sup>4</sup> Eric van Young, "Haciendo historia regional. Consideraciones metodológicas y teóricas", en Eric van Young, *La crisis del orden colonial. Estructura agraria y rebeliones populares de la Nueva España, 1750-1821*, México, Alianza Editorial, 1992, p. 430. El citado artículo de Van Young ha sido publicado varias veces en español, la primera en *Anuario del Instituto de Estudios Histórico-Sociales*, n. 2, Universidad del Centro, Buenos Aires, 1987.



fue la regional una historia continuamente cultivada, aunque no en la medida en que lo ha sido en el siglo nuestro, particularmente en las últimas décadas.<sup>5</sup> Si alguna queja hay entre nosotros no ha de ser por la falta de vocación hacia lo regional entre muchos de los historiadores que han sido, que son o que están tratando de llegar a ser.

Pero ocurrió en el siglo XIX que en México apareció otra historia, ésa sí inédita en nuestro país: la historia nacional. Había necesidad de formarla para que la nación y el Estado en proceso de constitución tuvieran ese imprescindible soporte. Debiendo ser formulada desde su base —ya que antes, pues, no existía—, se tuvo por necesario hacerla arrancar desde los tiempos más remotos, así como ampliarla de suerte tal que abarcara ella los aconteceres humanos ocurridos en todos los distintos espacios del país. Referida a una realidad plural, debía sin embargo ser una historia unitaria y unificadora; una historia que lo fuera de todos los mexicanos.

Se la tuvo que ir construyendo poco a poco, por pedacitos, a lo que contribuyeron con sus ideas y sus obras muy diversos autores; pero también se la llegó a concebir como un solo y gran libro, un texto capital, totalizador, omnicompreensivo. Tal la imaginaba, por ejemplo, el chiapaneco Manuel Larraínzar, quien decía que esa obra debía elaborarse de manera que presentara “en su conjunto un todo perfecto”, en el que no se echara “de menos nada de lo que debe contener la historia general de una nación”.<sup>6</sup> Pensaba Larraínzar en una especie de *Summa historica*, en la que los elementos agregados fueran las historias particulares de carácter regional. Escribió al respecto:

Si estuviera ya formada la *Historia particular* de cada una de esas grandes porciones [del país]... se tendría ya en gran parte adelantado este trabajo, pues no habría más que reunir en un cuadro general lo que ya se conociera de cada una de ellas, omitiendo solamente ciertos detalles y particularidades que no debieran figurar en una *Historia general*, y distribuyendo las materias de modo que nada faltase y resultara un todo completo y armonioso.

Así —concluía—, la *Historia general de México* vendría a ser el resumen, el resultado de la reunión selecta, ordenada, bien distribuida de todos esos datos y noticias interesantes...<sup>7</sup>

<sup>5</sup> Vid. la bibliografía que incluye Luis González en *Invitación a la microhistoria*, p. 98 y s.

<sup>6</sup> Manuel Larraínzar, *Algunas ideas sobre la historia y manera de escribir la de México*, publicado en Juan A. Ortega y Medina, *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1970; *vid.* p. 161.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 163.

<sup>8</sup> De este centralismo historiográfico y de la necesidad de estudiar los desarrollos re-



Algún tiempo después, aquella obra que reclamaba Larraínzar tuvo alguna forma de realización en los cinco grandes volúmenes de *México a través de los siglos* y en los tres, igualmente grandes, de *México: su evolución social*. No fueron éstas las únicas expresiones de la historiografía nacional decimonónica, pero ambas fueron obras cumbres y de innegable trascendencia.

Historia con título de nacional sigue haciéndose hasta nuestros días, aunque ahora se ofrece por lo común en volúmenes de formato menor y de temática específica. Más profesional ahora, esta historia se continúa elaborando en la pretensión de que en ella se vean reflejados todos los mexicanos, aunque, como lo quería Larraínzar, no en sus inabarcables particularidades sino en lo que se les asigna como común.

Todo discurso historiográfico es reduccionista y el de la historia llamada nacional no ha venido a ser la excepción. En esta historia, si pretendida como sintética también selectiva por necesidad, no todo ha podido caber. Darwinianamente, ahí lo señero ha debido desplazar a lo que no se ve tan fácilmente. Pero lo señero en México, según lo sabe todo mundo, es casi invariablemente de origen capitalino. Desde el siglo pasado y hasta el presente, ciertos empeños en hacer historia nacional han llevado a sacrificar la diversidad para poner en relieve lo supuestamente unitario, común, homogéneo. Se nos han vuelto así comunes la cronología, los personajes, las instituciones, los fenómenos políticos, los procesos sociales, los ritmos económicos... Todo suele presentarse como si hubiera sido igual, parejo, paralelo, sincrónico a todo lo largo y ancho del país. Y el punto paradigmático de referencia ha sido la historia de las regiones centrales de nuestro centralizado México. Es como si se dijera: lo importante ha ocurrido aquí; lo demás es periférico y marginal, así que no hace falta estudiarlo como algo con entidad propia. A lo largo del tiempo, la matriz historiográfica del centro ha tendido a ser ordenadora de todo el conjunto de las historias provinciales, a las que influye fuertemente pero de las que poco se nutre. Vamos a llamarle a esto centralismo historiográfico.<sup>8</sup>

gionales en México hablaba Harry Bernstein hace ya más de veinte años. Vid. su trabajo "Regionalism in the National History of Mexico", en Howard F. Cline (ed.), *Latin American History. Essays on its Study and Teaching, 1898-1965*, Austin, University of Texas Press, 1967, v. II, p. 389-394.



Se puede generalizar sin límite cuando se soslaya la dimensión espacial que tiene el hecho histórico y esto ha pasado en buena medida con la historiografía propuesta como nacional. No nos faltarían desde luego recentísimos trabajos que mencionar como ejemplo de ello. La historia regional, en cambio, tiende a recuperar el dato del espacio. Ésta es una de las razones por las que se hace pertinente cultivarla si lo que queremos es enriquecer de veras la historia nacional. No se trata tan sólo de agregar nuevos detalles al cuadro ya elaborado, de agrandar los libros escolares de texto, de acumular monografías para que la información ofrecida sea más rica. El propósito es avanzar en la comprensión del proceso histórico nacional, de entenderlo y explicarlo en su variedad y en sus múltiples formas de articulación.

Nuestro país es el resultado de una pluralidad de procesos formativos interrelacionados, no inconexos. La diversidad regional, la de los distintos espacios, dijimos antes, es factor de la dinámica del conjunto; no es tan sólo un resultado pasivo del proceso histórico más general. Criterio estrecho y limitante es aquel que lleva a buscar en los ámbitos regionales un simple reflejo, un debilitado eco de los acontecimientos tenidos por nacionales. Tan impropio es hacer la historia de una sola región —la del centro de México, por ejemplo— y postularla como historia de la totalidad nacional, como hacer la historia de no importa qué parte del país pensándola como historia de una realidad volcada sobre sí misma y ajena a la dinámica del conjunto mayor. Salvo, claro está, cuando se trate de marginalidades reales.

A mí me parece inadmisibles la idea de que la historia regional, en tanto práctica historiográfica, sea una historia residual, zaguera, de tono menor, subsidiaria de alguna otra de mayor alcance y mérito. La concibo más bien, según ya he dicho, como una opción metodológica, como una de las varias maneras que hay de hacer historia ciertamente nacional y, por supuesto, historia de lo humano, historia universal. La que hacemos los historiadores de las regiones no es en modo alguno la historia que debería prevalecer; es sólo una forma más de aprehensión y explicación de lo histórico, es un procedimiento por el que se opta no porque sea el mejor sino simplemente porque es válido. Todas las historias calificadas han de ser entendidas como visiones parciales y complementarias o no explicarán nunca nada. En todo caso, la calificación más definitiva es a la postre, como alguna vez le oí decir a mi colega Virginia Guedea, la que se refiere a la buena o mala calidad de los estudios históricos.



A la buena factura, sustentada en la crítica aun de nuestro propio trabajo, es a la que todos los historiadores debemos aspirar.

Déjenme decir, para terminar, que considero, seguramente con todos ustedes, que los productos de la investigación inciden en la enseñanza en tanto que la proveen de contenidos. Por eso se hace necesario plantear juntos los dos problemas, el de aquella y el de ésta, y procurar que sus soluciones tengan un sentido unitario. La adecuada vinculación de la investigación y la docencia hace posible que los objetivos puramente científicos de la disciplina cumplan desde luego la función social por la que cobra sentido toda ciencia.



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS